

Pasión por Venezuela.

Venezuela se ve diferente cuando se reconoce a través de la pasión

Inés Muñoz Aguirre¹

Con frecuencia escuchamos que somos un país privilegiado. Estamos ubicados al norte de la América del Sur. Podríamos ser considerados la puerta de entrada a nuestro continente. Y eso es mucho decir.

Bañadas nuestras costas por el Mar Caribe, lamidas de aguas cálidas, cristalinas, nuestro país se desdibuja en sus bordes con la sensualidad de una mujer. No en balde se llama Venezuela. Sinuosa ella, amparada por las aguas que besaban las bases de los palafitos hasta enamorar los recuerdos que portaba en su memoria el explorador italiano Américo Vespucio.

La llamó “Venezziola” como quien se entrega a lo que le ofrece la mirada: la pequeña Venecia que habían construido los indígenas en nuestras aguas. Se entregó como quien cae subyugado ante la mezcla originaria entre el pasado y el presente de aquel aventurero soñador que nos regalaba en una palabra su legado.

1 Escritora, dramaturga y periodista. Editora de pasionpais.net Se desempeña como asesora en el área de comunicación estratégica. Ha escrito más de treinta obras de teatro. Su obra teatral ha sido estudiada en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Syracuse en Nueva York por la catedrática Gail Bulman, quien ha realizado dos grandes ponencias sobre la misma. Ha recibido numerosas distinciones y varias de sus obras se han llevado a escena en diversos países latinoamericanos. Varias de sus obras y poemarios han sido editados en países como México, Colombia y Argentina. Ha publicado varios libros de investigación y entrevistas en el área periodística. “La Segunda y sagrada familia”, “Días de novenario”, “A los vecinos ni con el pétalo de una rosa”, “Feliz Cumpleaños”, “Anclados”, “No es lo que parece” y “La historia no contada” son sus novelas editadas bajo los sellos: Ediciones B, Kalathos España, Bruguera, Ediciones Rubeo y Lector Cómplice. Actualmente como proyección de la Red informativa que dirige junto a su socia Mariam Krasner llevan adelante la formación, asesoría y planteamientos estratégicos para la creación de la *Marca País* partiendo desde la empresa privada.

Venezuela ha generado una carga de pasiones encontradas, ha pasado como ha ocurrido con casi todos los países en el mundo por guerras, persecuciones, emigraciones, inmigraciones, desastres naturales, la luz cegadora de las diferencias y los picos intermitentes de camino al desarrollo y de descenso al subdesarrollo.

Para muchos un país privilegiado en el que se reúnen las mejores condiciones del universo, al punto que somos testigos a través de la presencia de nuestros tepuyes (las formaciones expuestas más antiguas del planeta) de la historia, la evolución y la grandiosidad de la naturaleza.

Venezuela además de ser un bello lugar, es su gente, las tradiciones, la gastronomía, la artesanía, la música, innovación, comunicación, literatura, turismo, emprendimiento, educación, solo por nombrar algunos ejes de acción que son claves de nuestra vida diaria. Toda una gama de gestiones y valores que bien entendidas podrían hacer de nosotros una potencia por lo menos en nuestro continente.

Desde la tierra adentro al borde del otro continente

Somos producto de nuestra historia, el resultado de aquella tierra adentro, casi selvática, de ribetes verdes y dorados a las cuales llegaron expedicionarios y conquistadores. Un momento que permite la mezcla inicial en la que se funden el ímpetu, la ambición, el espíritu guerrero, la novedad, lo inexplicable, el descubrimiento, lo primitivo, el espíritu indomable, el arraigo a la tierra. Ninguno más fuerte que el otro, si no cada uno distinto al otro.

De esas diferencias se cocina el mestizaje. Una palabra que además posee muchas cargas a lo largo de su estudio: hay quienes hablan de él como el encuentro biológico y cultural o su ordenamiento entre etnias diferentes. Así como los más rígidos en sus concepciones llegaron a plantear que era un desafío al orden natural.

Lo cierto es que con ese primer bordado comienza a tejerse un entramado al que se suma la llegada de los negros desde África, o desde las islas circundantes. Muchos cargados también de expectativas ante una tierra descrita como generosa. Ellos hicieron el trabajo duro, el de la labranza. Después la liberación de la esclavitud formaría parte de nuestras batallas, las rebeliones, las protestas,

mientras al margen crecían los indios, los blancos insulares, los blancos criollos, los negros, los mestizos, los zambos, los mulatos.

Los sucesivos oleajes sociales, nos enfrentarían a los odios desatados siempre bajo el amparo de las palabras: conquista, libertad, independencia, porque hablar de persecuciones, resentimientos o cualquier sentimiento que sea desdichado como producto de cierta debilidad solo se habla por lo “bajo”.

Los años no transcurrirían en vano, para dar paso a la llegada de españoles, italianos, portugueses, alemanes, los judíos que huían de la guerra.

Nuestra sociedad producto de ese vaivén creció rica en diversidad de costumbres, formas de trabajo, creencias, religiones. Así comenzó a construirse una verdadera riqueza, la de la confluencia para señalarnos como una sociedad de amplitudes, de oportunidades y ascenso social. Una sociedad variopinta que nos hizo especiales.

El sol no es solo luz

Nuestro país tiene una luz indescriptible. El sol parece su enamorado y con ello da brillo a nuestros colores. Somos un país colorido tanto que barriadas completas como el famoso El Saladillo de Maracaibo en el estado Zulia, da cuenta de ello.

Su calle principal está formada por una sucesión de casas cuyas fachadas hablan por sí solas. Esa paleta tiene que ver además con la variedad de verdes que tenemos en nuestras plantaciones, jardines y montañas, con el intenso azul del mar que se confunde en cada horizonte con el cielo, hasta brindarnos la sensación de cobijo indescriptible que produce tal amplitud. Lo descrito aquí se repite una y otra vez con cada color que nos privilegia.

Esa luz está en cada uno de los venezolanos, quienes en cualquier lugar se identifican por el bullicio, la risa a carcajadas, la broma, el espíritu alegre y bonachón que conquista a quienes viven en un país donde la luz entra muy poco por las ventanas de las casas.

Los venezolanos tienen en sí mismos el poder de la luz pero a la vez por esa sangre mezclada que recorre nuestras venas, puede llegar a ser contradictorio. Siempre que hablo o escribo sobre este tema menciono al admirado Enrique

León, el creador y director de la agrupación que se conocía como la Sociedad Dramática de Maracaibo, quien dictando un taller sobre teatro decía no entender porque los venezolanos nos empeñamos en representar autores nórdicos, fingir frío frente a una chimenea y vestir abrigos, cuando somos una llama encendida de luces y colores, de movimiento y de palmeras al viento.

Jamás pude deshacerme de esa imagen maravillosa que hoy me vuelve a poseer para darle la razón. Quizá nuestro principal problema sea que nos gusta mirar mucho más hacia afuera que hacia adentro. Nos cuesta mucho reconocernos y desde las necesidades ideológicas, económicas, sociales, artísticas, creadoras y empresariales, por mencionar algunas, las enfocamos a través de unos prismas que no nos pertenecen.

Es tal el valor que tiene nuestra naturaleza personal que somos capaces de gritar como habla el oriental, a comunicarnos en un tono suave y armónico como lo hace el andino. Formas que están asociadas a la costa o a la montaña donde se crece. Tenemos nuestro propio pentagrama perfilado a partir del tallado interno de la luz. Sería maravilloso encenderla sin otros aditivos.

Que me quiten lo bailao

El Entierro de la Sardina, la Bendición de las Palmas, la Visita de los Siete Templos, la Quema de Judas, la Paradura del Niño, las fiestas de la Divina Pastora, la Feria Internacional de San Sebastián, el Calipso de El Callao, el Baile de la Hamaca, el velorio de la Cruz de Mayo, los Tambores de San Juan, el baile de las Turas, la Feria de la Chinita, el día de Santa Bárbara, el Baile del Mono, Las Zaragozas, son algunas de las festividades que hablan de nuestras tradiciones. Fiestas celebradas en distintos estados del país.

Se mezcla lo religioso y lo pagano, la luz y la sombra, las caras pintadas, escondidas tras las máscaras, el sonido como protagonista o la oración que se descuelga de los labios. Algunas de estas festividades perviven, otras han desaparecido pero pueden ser rescatadas si nos empeñamos en honrar nuestro gentilicio.

Las festividades suelen contar la historia de una manera distinta a como se cuenta en el papel escrito o impreso, la cuentan sumando sudor y lágrimas. Pero lo más cierto de todo es que se cuentan en la casa y en la escuela.

Entre los valores más importantes que deberíamos contribuir a rescatar se encuentra el que tiene que ver con lo que cincela la tradición oral. Es clave contar a las nuevas generaciones, tomarlas de la mano y llevarla a la práctica, trazar la línea que une lo que fuimos y lo que somos. Y que traza también lo que llegaremos a ser.

Precisamente España es un país que se ha caracterizado por conservar sus tradiciones aun en las poblaciones más lejanas, desde muy niños rescatan sus cantes y bailes. No estamos muy lejos nosotros, cuando en el llano hay niños pequeños que bailan acentuando su “escobillao” o que se disparan un canto de ordeño ayudando en la faena al amanecer.

Quizá uno de nuestros pecados sea no difundir lo que aún sigue ocurriendo tierra adentro, quizá el pecado sea no sumarnos a las celebraciones que aún persisten a pesar de tanto bamboleo, quizá sea urgente que los colegios vuelvan a ser el punto de encuentro de esas festividades de origen, sin que tengan matices que no les pertenecen.

A buen plato, buen resguardo

No hay casa en este país donde no huela en la mañana a café recién colado. Con ese aroma que se desprende hasta conquistar los paladares de los espacios más humildes hasta los más lujosos. Se abre paso después de él, a la arepa, la cachapa, el bollito de maíz, los patacones, las empanadas, solo como introducción a un paseo gastronómico que también tiene su cuerpo arraigado en esa mezcla cultural que somos.

El venezolano se acostumbró a que la mezcla de su origen esté presente en la mezcla de sabores. La hallaca es el más fiel ejemplo de ese encuentro de mundos distintos, así como podemos disfrutar de una excelente carne en vara, del chivo en coco del occidente o de la pizca andina.

Somos los más fieles usuarios del ají dulce, del papelón, del cilantro o del culantro. Nos devoramos una gallina, un buen cochino frito, un plato de caraotas o un pisillo de venado.

En esos altibajos que nos han caracterizado, y en los períodos en que el petróleo fue el gran protagonista nuestro maíz, el café y el cacao que fueron productos de exportación desaparecieron del mercado internacional. El “oro negro”

se abría paso sin contemplaciones. La crisis más fuerte que hemos vivido y en la que hasta el “excremento del diablo” como lo llamó Juan Pablo Pérez Alfonso, desapareció de los sistemas de producción, el cacao se ha vestido de fiesta con mucha fuerza, convertido en materia prima para los grandes chocolateros del mundo y aunque su producción no es masiva ni un negocio consolidado como país, son muchos los que voltean la mirada para señalar que ese chocolate es realizado con cacao venezolano, entre ellos uno de los postres más caros del mundo, el helado “opulencia dorada” que se vende en Nueva York, y en el que destacan los chocolates Porcelana y Chuao, elaborados con nuestro cacao.

Y si seguimos resaltando nuestras mezclas no hay como ver el pan de jamón, o recordar que en el mes de diciembre los españoles y los italianos están presentes en nuestras mesas a través del turrón o el panetón. Nadie puede permanecer indiferente en una cocina venezolana. Caracas siempre se ha identificado por la variedad de restaurantes en los que se puede encontrar cualquier plato de la comida internacional.

La gestión un gran reto

Pero tenemos grandes retos por delante. Un país como el nuestro debería contar con un abanico sólido de opciones que permitan desde todos los ámbitos, tanto desde el público como del privado, reconocer la gestión como la protagonista de los objetivos de desarrollo.

Sin formación no se puede gestionar, con lo cual esta premisa pasa por reconocer las universidades y los institutos como pilares fundamentales para la entrega de herramientas a una generación que tiene que colocarse a la par de lo que ocurre en el resto del mundo.

Ese país de excelente geografía, clima, colores, tradiciones, no puede quedarse rezagado desperdiciando sus ventajas, por el contrario le urgen los profesionales preparados para poder poner en marcha un desarrollo consistente, tan finamente hilvanado que ni el más fuerte ventarrón sea capaz de debilitar su tejido.

Todas las bondades que nos regala Venezuela deberían ser la inspiración para el trabajo. No debemos reconocernos como una cuenca de la cual se extraen minerales de todo tipo. Debemos reconocernos como un camino de posibilida-

des, en el cual cada arista de desarrollo cuente con gente formada para ello, con gente trabajadora que pase de la teoría (la queja) a la práctica (la acción).

La responsabilidad que implica la palabra gestión de llevar adelante los procesos de la mejor manera posible (no como casualidad, si no con el manejo claro de estructuras, objetivos y medición de resultados) genera el movimiento de una gran rueda. Si los objetivos se alcanzan de manera adecuada, la reacción inmediata es plantearse un siguiente objetivo que da continuidad a lo emprendido o que nos permite en el recorrido, voltear la vista y descubrir en el trayecto, que existen otros caminos necesarios de activar.

La dinámica natural indica que a nuestro paso nada se detiene o desaparece por sí solo. Cuando ocurre es porque la gestión tomó el rumbo equivocado (como la asignación por alianzas, ideologías, amistades) y la ignorancia de los méritos, las habilidades y los liderazgos naturales.

Somos mucho más que silencio

Cuando hablas del arte en Venezuela, descubres un país de “otro mundo”, la imaginación vuela y contamos con grandes legados. ¿Quién no ha oído en el resto del planeta hablar de Soto o de Cruz Diez? O hablar de Carlos Raúl Villanueva, el arquitecto que diseñó la Ciudad Universitaria de Caracas y fue capaz de convertir ese espacio en una galería al aire libre donde las obras de Vasarely o de Fernand Léger se codean con los nuestros: Pascual Navarro o Mateo Manaure.

Y eso ocurre porque más allá de cualquier diferencia siempre fuimos internacionales y a pesar de la conquista, de las guerras en la colonia, de las dictaduras o las democracias siempre veíamos hacia afuera y nos codeábamos hombro a hombro con los demás, porque existía la preparación para hacerlo.

El talento siempre ha existido, el venezolano quizá por esa misma maravillosa mezcla que nos originó y que nos cobija, aunque algunos no lo quieran, es creativo, innovador, talentoso. Tanto que hoy en día son muchos los que están en los centros de investigación, en las empresas más importantes del mundo, y en las grandes universidades del planeta, formando a otros.

Pero, así como esos, también descubrimos a los que se empeñan en salir adelante en nuestra indiscutible Tierra de Gracia, y leemos a Rómulo Gallegos,

Salvador Garmendia, Armando Rojas Guardia, Rafael Cadenas, Elisa Lerner, Elizabeth Schon, Victoria De Estefano o Gabriela Kiser.

Rendimos homenaje a Teresa Carreño, a Simón Díaz, Oscar De León, o Gustavo Dudamel.

Nos recreamos en la fotografía de Roberto Mata, Alfredo Mata o Paolo Gasparini. Hemos tenido grandes gestores culturales: Sofía Imber, Armando Barrios, Oswaldo Trejo, María Elena Ramos. María Teresa Castillo, Carlos Giménez y Levy Rossell.

Podríamos hablar durante días seguidos sobre todo lo que ha implicado el gran movimiento cultural, sumado a las tradiciones artísticas, religiosas y paganas. Multicolores. Somos así, esa Venezuela que nos asombra.

La de los grandes profesionales de la ciencia como: Jacinto Convid, Henry Pittier, Marcel Roche, la de los filósofos, matemáticos, luchadores por la democracia como lo fueron los firmantes del Pacto de Punto Fijo: Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Gonzalo Barrios (por AD), Jóvito Villalba, Ignacio Luis Arcaya y Manuel López Rivas (por URD) Rafael Caldera, Pedro del Corral y Lorenzo Fernández (por COPEI) y tantos que trabajaron sin descanso por regresar al país e implementar lo que era correcto para el desarrollo de una sociedad. Instrumentos invaluable: como el derecho al voto, la constitución o la independencia de poderes.

La pasión por este país la teje mucha gente, algunos que ya solo forman parte de nuestras memorias, otros que continúan en su lucha convencidos siempre de que vendrán tiempos mejores. Venezuela ha sido una cantera de gente talentosa.

Trazando algunas líneas

El futuro de un país no se construye desde una visión positiva, si no se tiene la capacidad de mirar hacia atrás, con la mirada libre, despejada, sin deseos por imponer nuestras ideas o creernos libertadores de los demás.

Cada acción que forma parte de nuestro entramado histórico tiene un valor ineludible. Que Cristóbal Colón nos hubiera descubierto y nos llamara Tierra de Gracia es lo que nos dio origen, porque un país no se construye solamente por el hecho de identificar un territorio poblado. Que Guaicaipuro hiciera resistencia

también aportó a ese ADN que se constituye en un trabajo de orfebrería que nos cuenta respetuosamente de dónde venimos.

Por eso mismo es que Francisco Fajardo, el hijo de un conquistador español de quien heredaría su nombre y de Isabel una mujer cacique (prima hermana del cacique Naiguatá, nieta de Charaima, cacique del valle de Maya) conquista este centro del país que dio cobijo a la ciudad de Caracas y representa la maravillosa mezcla de lo que somos.

De aquel tiempo a esta parte hemos pasado como sociedad por todos los vaivenes necesarios para crecer. Como país joven, que lo somos, si volteamos la vista hacia el viejo continente, debemos aprender sobre las premisas que han sido ineludibles en la historia de las grandes sociedades, las cuales están donde están porque han salido fortalecidas de sus más grandes tragedias.

Los países son tan resilientes como lo son sus sociedades, porque ese vivir “aquí y ahora”, después de las grandes pruebas a las que solemos someternos los hombres como víctimas de la ambición, el poder y las demostraciones de superioridad, es lo que permite construir no solo un nuevo tejido social, si no que genera herramientas para que podamos plantearnos: si los otros pudieron salir adelante y vencer la barbarie en la que decidieron vivir en determinados momentos, entonces, nosotros también podremos hacerlo.

No hay que detenerse, ese debe ser el lema certero para un momento como el que estamos viviendo. Es momento de sembrar para en un futuro ver el resultado de la cosecha. Es un reto, porque parte de nuestros problemas derivan del inmediatez que nos ha caracterizado como sociedad.

Asumir otro ritmo es clave, entender que los grandes resultados no se obtienen de la noche a la mañana. ¿Quién dijo que un árbol da frutos al día siguiente de haber sido sembrado? Desde nuestra propuesta comunicacional e informativa (Pasión País) , decimos con frecuencia que nos apoyamos en cuatro pilares: la educación, la información, la motivación y la ciudadanía. Todo fundamentado en la columna vertebral que es nuestro país. Nada de eso se forma con discursos o protestas, se forma con trabajo y estudio minucioso.

Por otra parte, no se puede construir una mejor sociedad, cuando solo quieres contar un lado de la historia. No todo es negativo, no todos nos fuimos, no todos nos sentimos derrotados. Nosotros desde Pasión País contamos la parte

positiva porque ella también habita en cada uno de nosotros, en cada una de las personas que sin servicios públicos salen de su casa a las 5 de la mañana a trabajar.

La pasión por el país se activa cada vez que descubres que hay un venezolano en su tierra trabajando, innovando en medio de las circunstancias, generando ideas, propuestas y empleos para los demás. Hemos descubierto jóvenes trabajando en la investigación científica, estudiantes de medicina que viajan al estado Bolívar a ofrecer gratuitamente sus servicios a los más necesitados y especialmente a las comunidades indígenas, los chefs venezolanos han sido capaces de activar sus cocinas con la apertura de restaurantes que asombran a cualquiera, jóvenes que suben a las comunidades desprotegidas para llevar comida y entretenimiento. Muralistas que han tomado las paredes vacías de urbanizaciones como Los Palos Grandes para crear verdaderas obras de arte alejadas de cualquier otro tipo de mensaje como no sea la belleza y la creación. Deportistas que aunque entrenan afuera al ganar medallas y grandes reconocimientos han regresado aquí a crear fundaciones y establecer caminos de ayuda y soporte no solo en el campo deportivo. Ingenieros y arquitectos creando y resaltando facultades como la de Arquitectura y Urbanismo en la Universidad Central de Venezuela. Este país es un crisol de ideas en acción permanente. ¿Falta mucho? Yo diría que muchísimo pero de alguna forma se empieza.

Toda esa actividad que han ido poniendo en marcha las nuevas generaciones, jóvenes que desde diversos ámbitos han decidido emprender y poner toda su fe en la tierra que los ha visto nacer, abre opciones para nuevas propuestas.

Quizá con ellos, debemos comenzar a transitar un camino que será clave para el futuro, para la construcción de la marca país, la cual debe gestionarse como lo han hecho países como Colombia o Panamá. Por mencionar países de la región.

Un estudio consistente sobre el tema sostiene la propuesta de nuestro portal informativo pasionpais.net y de toda la red informativa de Pasión País. Debemos buscar reconocernos a través de lo que cada uno de nosotros hace, desde las posiciones más humildes hasta los que tienen mayores capacidades económicas e intelectuales. Debemos reconocernos a través de nuestra historia y reconocernos a través de la Tierra de Gracia que nos ha tocado como casa. En ese

reconocimiento buscamos fortalezas y debilidades para trabajar sobre ambas y a partir de ellas.

Si logramos comenzar la tarea de construir nuestra marca país, no solo estaremos derrotando el pesimismo, comenzaremos a descubrir las oportunidades con la entrega que se produce después que has sobrevivido a un vendaval.

Urge transitar un camino que no solo contribuya a la reactivación económica y a abrir nuevas oportunidades, si no que permita que en todo el mundo se empiece a resarcir el daño que hemos causado a nuestra propia idiosincrasia.

Es clave entender que la belleza natural o la riqueza que ella nos depara no es nada, si no se gestiona enlazada a ese gran entramado que nos conforma y a través del cual cultivamos la verdadera pasión por el país.